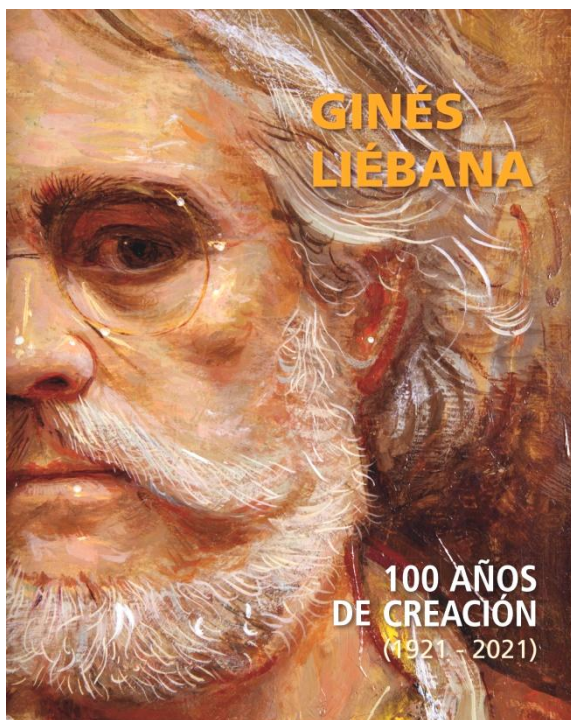


AA. VV. *GINÉS LIÉBANA. 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921-2021)*. EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE. COLECCIÓN M.^a TERESA GARCÍA MORENO, V. CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 2021, 219 PP.

Manuel Marcos Aldón
Universidad de Córdoba

Cuentan que, sentado en su taller tipográfico, Giambattista Bodoni (1740-1813) recibió la insigne visita de un escritor e intelectual francés de reconocido prestigio. El de Saluzzo, que en poco tiempo además de su fama universal daría nombre a una sensibilidad especial hacia el Arte, ufano y altivo le mostró al reputado escritor una serie de libros impresos por él mismo, orgulloso por motivo de las novedades tipográficas introducidas por su parte, sin que al tiempo el visitante mostrara signo de reconocimiento o estimación alguno. Al final, el genial tipógrafo, inquisitivo y con cara de asombro, le espetaba: «¿Pero no lo ve? ¿No lo ve?». El escritor se sintió abrumado, no apreciaba aquello sobre lo que su amigo requería específica consideración. «Las efes, las efes...», aclaró Bodoni, tal era su amor por el cuidado y la perfección en la edición de un libro. Este es el sentimiento abrumador que uno percibe cuando se acerca a la presente edición, intensificado más aún con la cercanía del fallecimiento



del artista al que está dedicado. Así, en cada detalle, en cada participación y firma queda manifiestamente valuable esa dedicación y esfuerzo del editor de la obra y de la institución que lo ha patrocinado. Muy a la manera del tipógrafo veneciano, se describe la belleza de la obra de Ginés Liébana, como una combinación de racionalidad y fantasía, de lógica e inventiva, de proporción, equilibrio, armonía que place al ojo, tanto en la obra pictórica como en la literaria.

Cuatro virtudes o requisitos imprescindibles que deben cumplirse en una edición son las que se hacen patentes en la presente obra: la regularidad, un esquema fijo y coherente que define cada capítulo y cada intervención; las mismas dimensiones y profundidad en sus comentarios, en sus acertadas especulaciones, buscando la variedad, pero sin disonancia; la limpieza, que se busca y se consigue con la nitidez y la calidad en la lectura, que nunca resulta inapetente o abrumadora, pues en todo momento se persigue profundizar en el personaje, en su trayectoria y en sus vivencias desde una plural consideración que en toda circunstancia se despliega con un innegable apasionamiento por parte de los colaboradores. El buen gusto, textos con conceptos y formas que aclaran hechos —y que giran en torno a sus propios fundamentos teóricos o alrededor de las más representativas obras de Ginés—, siempre sobrios, siempre ricos de matices, como las líneas de sus personalísimos dibujos. La gracia, en el sentido clásico de belleza, que traspira en cada uno de los textos seleccionados para la ocasión, de manera que cada capítulo no se improvisa, y aunque su lectura se secuencia de forma grata y resulta complaciente, en realidad cada aportación ha requerido trabajosos análisis en torno a una obra difícil, hermética en ocasiones y de plurales lecturas en otras tantas, que para una certera consideración precisa de una elaborada fundamentación inicial, saber moverse en el lenguaje disperso que la sustenta, y armarse del preciso apasionamiento que finalmente posibilite entrever sus esencias, que en este caso afloran a través de textos que parecen escritos con afecto y alegría, y no con empeño, dificultad o fatiga.

Ginés constituyó en sí mismo todo un universo de creatividad, de forma que nadie podía sustraerse a la capacidad de atracción que suscitaba su persona. Su obra irradiaba lucidez como constante, optimismo y alegría de vivir como ritmo perpetuo de acción, siempre pertrechado de una lúdica afanosa y apasionada para la manipulación de la materia pictórica y la lucubración del teatro o la poesía, para «dramatizar» con regocijo y entusiasmo esos cortos instantes de verdad que, cuando mueves convenientemente seres y objetos, centellean ante ciertos espectadores privilegiados. Así, Liébana llegó a dar desarrollo a un estilo único que combinaba la simplicidad y la elegancia con una visión profunda y conmovedora de la vida.

A lo largo de su carrera Ginés Liébana recibió numerosos premios y reconocimientos por su trabajo, otorgándosele en 2011 la Medalla de Andalucía. Sin embargo, a pesar de su éxito, nunca perdió su humildad ni su amor por la vida y la naturaleza. Hasta el final de su vida, Liébana continuó creando y compartiendo su arte con el mundo, y su legado como artista y escritor es una inspiración para aquellos que buscan la belleza y la verdad en la vida.

En el caso de Ginés el sentimiento es real, se aprecia en sus textos y en su obra pictórica, pero se transmite de forma desenfadada, alejada de la afectación, y, por ello, singularmente, lo vemos mucho más real que una declaración de amor solemne y formularia, previsible y aburrida. Esto hace muy difícil elaborar, pergeñar una obra que compendie la labor de un autor de forma tan acertada como la presente edición; por ello hay que felicitar al editor Miguel Carlos Clementson y a la iniciativa propuesta. Se huye de lo habitual o, desde luego, del tópico: nada de efectismo, de grandes discursos en sus capítulos, de grandes textos vacíos que mueren en un breve lapso de tiempo y que nadie lee poco tiempo después sin esbozar una sonrisa irónica. Nada de textos con retórica encendida, frecuentemente exaltada, todo lo contrario, ninguno de los textos propuestos y dedicados, se acaban de apearse completamente de la sencillez, del afecto de un amigo, de parecer una conversación en un entorno resuelto en placidez y amistad significativa, de un cierto humor entre amigos con ropajes y capas y bromas... Es claramente, asimismo, un modo de encauzar la proximidad de un autor que era protagonista de un grupo rebelde, cuando no valiente o rabioso contra el *status quo*. Y es un gran mérito conseguir ser un poquito sencillos sin permitirse ser retóricos, sin caer en el dramatismo heroico que empequeñece a la larga a la persona homenajead. Todo el libro está siempre al margen de los homenajes habituales, pero sin faltar al respeto de esta costumbre de las celebraciones que, en otros casos, se le hace al lector una piedra *sísifca*. No es este libro tal ocasión. No sufrirás paciente lector de pesarasos parrafadas y ardorosas proclamas.

El lector no acabará de acertar a explicar por qué: es algo que se nota en su lectura, simplemente algo que se sabe, y eso es así incluso cuando el texto es un recordatorio de un momento, uno va al encuentro de la persona referida en estos capítulos como a una cita con un amigo: sabe que disfrutará del instante.

Siendo más prosaico, el propio editor del libro Miguel Carlos Clementson nos encauza como un buen guía en su lectura. A mi juicio su texto debería haber sido el primero, como buen introductor nos indicaría la deriva de los itinerarios que discurren por los múltiples senderos en una

especie de juego de rayuela textual a través del resto del contenido. Se nos presentan como unidad central del libro los trabajos de los miembros de la Real Academia de Córdoba, hecho que parece hace a este libro un reconocimiento de la institución a uno de sus más destacados integrantes, sin duda, y ya tristemente, el más reconocido y destacado artista plástico de los que últimamente han fallecido y que estaba vinculado a ésta.

Entre los académicos, se encuentran representados los siguientes: Ángel Aroca, actuando de biógrafo, rememora las vivencias de dos de los integrantes del futuro grupo *Cántico* en su texto «Ginés y Pablo en el pre-*Cántico*», de manera que yendo más allá de la anécdota biográfica nos da pistas, indicaciones y claves que aclaran la obra de estos dos gigantes personajes del grupo creador. Tras él, Jesús Cabrera, con su capítulo «El universo Liébana», busca profundizar en los procesos que fundamentan su obra, desde la sorpresa, hasta el tema ciudadano de la urbe cordobesa. Todos y cada uno de ellos importantes, todos y cada uno de ellos símbolos en su creación. La pieza de Carmelo Casaño, «Ginés de los Ángeles Liébana», se centra en la extensa labor sobre el surrealismo angélico del pintor-poeta. Juana Castro, desarrolla su personal aportación jugando líricamente con su apellido y la creación religiosa pero feliz del famoso libro apologético, artista total, hombre renacentista. Carlos Clementson nos individualiza poéticamente a Ginés, nos construye una biografía lírica con cinco poemas de diferentes periodos de su vida; y en dos textos de prosa poética nos aporta una delicada y magnífica visión sobre la dimensión pictórica de Liébana. Tras el título de «Ginés Liébana, celebración de una travesía centenaria (1921-2021)», Miguel Carlos Clementson recorre las diferentes facetas, la inspiración, los recursos y el discurso conceptual del artista de forma brillante y concisa, aclarando sombras y proporcionando notas donde la dificultad interpretativa lo exigía. Con «Alas para un centenario. Ángeles de Liébana», Manuel Gahete dispone tres aportaciones de creación literaria, tres sonetos: «Ángel de libertad», «Ángel de soledad» y «Ángel de sombra»; como el mismo Alberti en su *Sobre los Ángeles*, Manuel sublima la realidad y el sentir liebanesco en el mundo seráfico, en una realidad humana donde lo absoluto y la naturaleza lo son todo. Roberto Loya, con su texto «La claridad naciente», compendia los principios de Ginés, su obra como continuidad de un gusto clásico que no muerto; la naturalidad con la que desarrolla conceptos elevados; hace brillar en su texto el papel actuante de los ángeles de Liébana como mensajeros del artista, y en definitiva, que nuestra profundidad es nuestro mensaje. Rosa Luque nos regala una entrevista de junio de 2012, que formaba parte de su ciclo «La memoria viva de Córdoba», en la que nos presenta el material inédito que no pudo publicarse en aquella ocasión. José María Palencia,

une las dos propuestas estéticas del siglo XX en Córdoba, el Grupo *Cántico* y el *Equipo 57*, comparando sus trayectorias y su influencia, su importancia y su representación. Destaca de Ginés su doble condición de pintor y poeta, hace referencia al surrealismo freudiano y al simbolismo europeo. Igualmente, nos muestra acertadamente la ambigüedad de Liébana, el juego de la ironía persistente en su obra. En el texto de José Antonio Ponferrada, «A ver si se atreve el viento...», nos hace fijar nuestra atención hacia la percepción del flamenco que tenía el pintor-poeta, sobre todo a la especial atracción de los cantes cordobeses. Nos muestra –como argumenta el propio autor– vivencias compartidas con Ricardo Molina, Mairena, Juan Bernier, Marchena, y con bailaoras de la época, como Ana Carrillo, Pastora Imperio o Blanca del Rey, en el madrileño Corral de la Moreña. La académica Mercedes Valverde refiere en un emocionado capítulo el secuestro emocional que, en 1979, sus primeros encuentros con el artista le causaron, reconociendo el aprendizaje sobre ciertos aspectos pictóricos y artísticos de la mano del propio Ginés, sin olvidar la alegría y las ansias de libertad que ciñeron la relación vital de amistad con el maestro en posteriores fechas.

Alza el vuelo esta edición destacando entre sus textos otros que, aunque no son *ex-profeso* creados para la misma, eran de imprescindible y fundamental inclusión: los textos que en otros momentos y ocasiones se dedicaron a Ginés Liébana por parte autores tan destacados como Francisco Nieva, Carlos Edmundo de Ory, César González Ruano, Antonio Gala, Raúl del Pozo, Figuerola-Ferreti, Hierro, Zueras, Lobato, Prieto, Umbral, apellidos insignes de una verdadera intelectualidad, firmas indiscutibles en el gusto y en el pensamiento. Todos ellos confirmaron en su día testimonios de admiración hacia su obra, y profesaron su amistad y cariño hacia el personaje que Liébana vino a representar en el panorama de las artes, tanto plásticas como literarias.

De igual manera era imperdonable no acudir a sus compañeros, a sus argonautas de *Cántico*: así encontramos a Ricardo Molina, Juan Bernier, Pablo García Baena, Julio Aumente, Mario López, Vicente Núñez y José de Miguel, cuyas respectivas voces han vuelto a ser escuchadas en esta edición como un eco de sus orígenes.

También se ha prestado especial atención a dos hechos singulares: el primero, atender a una nueva generación de creadores y críticos que son recogidos en el texto, y que focalizaron en una u otra ocasión su mirada hacia Ginés, entre otros Alfredo Asensi, Bartolomé Delgado, Bernd Dietz, José Luis González Cobelo, Jacinto Mañas, Ana de Palacio o Fernando Martín; el segundo, la cuidada atención de ilustrar toda la obra con preci-

sos y magníficos trabajos del artista, desde pormenores desconocidos hasta grandes piezas de calidad pasmosa. Por tanto, ansioso lector, abre sus páginas y déjate seducir por la belleza, la gracia y la fascinación de un texto singular sobre un artista irrepetible.

★ ★ ★